

## Capítulo XVIII

### ***México – (A) Preparativos para la Fundación - 1883***

Y ahora voy a comenzar la historia de la más querida de mis misiones, de mi Benjamín, la historia de la fundación de México.

.....

Cuando Monseñor Labastida estaba en Manhattanville, solía decir: “Tendremos una fundación del Sagrado Corazón en México y usted será una de las fundadoras.”

.....

De regreso a los Estados Unidos después de mi estancia en La Habana como superiora, estaba yo en el externado de Nueva York cuando un amigo íntimo del ex presidente Comonfort, que había sido enviado allí para asuntos de gobierno, vino a verme para insistir en que hiciéramos una fundación en México. Le expliqué nuestras objeciones. “El gobierno no las molestará, me hago responsable de ello”, exclamó. Luego me pidió la dirección de nuestra superiora general. En su petición, parece que también pedía me enviaran a mí.

.....

Pero fue sobre todo cuando regresé a Luisiana que las insistencias se hicieron más fuertes. La primera, vino del Reverendo Padre Lara, un Jesuita muy influyente de Puebla. Me explicó en detalle la urgente necesidad de su país de instituciones como las nuestras y añadía que la hora de ir allá había sonado, puesto que unas señoras que tenían un pensionado laico estaban dispuestas a cedérselo.

.....

Tan ardiente como yo en este asunto, mi querida Reverenda Madre Vicaria le escribió sobre eso a nuestra Reverenda Madre Lehon quien, al principio, no compartió en absoluto nuestras opiniones, pensando que la actitud anticatólica del gobierno era un obstáculo insuperable.

Sin embargo, nuestro entusiasmo llegó a su colmo cuando el querido Monseñor Labastida, amigo del pasado y profeta de la fundación, unió su petición insistente a la de nuestras amigas. Después de la muerte del desafortunado Maximiliano y la aparente tranquilidad que siguió, monseñor había regresado como arzobispo de México. Ahora, muy contento de saber que yo era su vecina en Luisiana, su Excelencia me envió al noviciado dos de “sus más queridas niñas”.

¿Quiénes eran estas jóvenes? Las dos fervorosas aspirantes a la vida religiosa, Dolores y Antonia Lozano, con las que yo había mantenido correspondencia en La Habana.

.....

El Reverendo Padre Plancarte, sobrino de su Excelencia, nos trajo a las postulantes y como justamente en ese momento la Reverenda Madre Moran hacía la visita regular en Grand Coteau, pudo admitirlas inmediatamente. Demás está decir que después de esto, el principal tema de conversación en los recreos del noviciado era la fundación de México.

Al fin, una mañana me llegó una carta de “Mater”; nuestra Reverenda Madre Moran deseaba verme lo más pronto posible para asuntos importantes. Obedecí inmediatamente y, en resumen, esto fue de lo que me enteré. En la espera de una decisión final respecto a la fundación, nuestra Reverendísima Madre Lehon enviaba a la Madre a México como animadora de la cuestión, yo debía acompañarla como intérprete y para no retrasar más la obra, si es que llegaba a realizarse, la Reverenda Madre Moran deseaba ir allá muy pronto. Sin embargo, como todavía no sabía a dónde ir, deseaba que primero yo le escribiera a Monseñor Labastida sobre la decisión tomada y le pidiese que renovara la invitación de que fuéramos a su diócesis. Mientras la Madre hablaba, me parecía que en los oídos de mi corazón resonaban aquellas palabras tan frecuentemente escuchadas en Manhattanville: “¡El Sagrado Corazón irá a México y usted será una de las fundadoras!” Al enterarme de que tendría la alegría de tomar parte en esta obra, comprendí por primera vez que desde hacía años yo estaba suspirando por este momento, ¡había tenido como una visión del futuro! Corrí a la capilla. ¡Solo Dios puede comprender a un alma en un momento semejante! Todo lo que pude decirle fue: “¡Al fin, al fin!” Me parecía que me iba a sofocar de gozo; casi le pedí el martirio, me ofrecí para todo lo que Él quisiera con tal de que pudiese ayudar a salvar almas, ayudar a llevar la luz a esos pobres ciegos por el fanatismo masónico.

El Reverendo Padre Butner, provincial de los Jesuitas y hermano de nuestra religiosa de ese nombre, se regocijó inmensamente con esta noticia y nos aconsejó que partiéramos inmediatamente. Esperábamos la respuesta del arzobispo de México, una segunda carta tampoco tuvo éxito.

“La cuarentena va a ser declarada”, nos dijo el Padre provincial, “si no se van enseguida perderán tres meses.” La Reverenda Madre estaba preparada, amigos influyentes de Nueva Orleans le habían conseguido cartas de recomendación, nuestros disfraces estaban listos, así, en nombre de Dios y de la santa obediencia, bajo la protección de nuestra Madre del cielo, la Reverenda Madre Moran, su secretaria, la Madre Kate O’Reilly, y yo, nos embarcamos el 14 de abril hacia Vera Cruz.

Era de capital importancia que se guardase en secreto nuestro viaje, tanto en Estados Unidos como en México, y todas las precauciones posibles habían sido tomadas. ¡Ay! En el tren yendo hacia el puerto, la Madre fue reconocida por una de sus antiguas alumnas que iba a México a encontrarse con su marido. Estupefacta al ver el disfraz de la Madre Vicaria, le preguntó la razón y hubo que explicarle todo, pero haciéndole prometer que no nos traicionaría porque todo el fruto de la fundación dependía de su discreción. Desde luego, abundaron las promesas y las muestras de interés. Una hora más tarde, en el muelle, vi a esta hija de Eva mirándonos mientras conversaba confidencialmente con el señor que la acompañaba. “La caja de pandora está abierta”, le dije a mi superiora. Más indignada que sorprendida, ésta se disponía a ir a hablar con la indiscreta, pero retomó posesión de sí misma. “Sólo hay una cosa posible”, nos dijo, “hacer como si no hubiéramos visto nada.”

De los cuatro días de viaje, pasamos tres en nuestros camarotes; al tercer día, estábamos con la Madre sobre cubierta, cuando el señor, objeto de la confidencia, pasó varias veces cerca de nosotras. De pronto, ise hizo la luz!; era el secretario de Comonfort, el amigo de González, ese feroz perseguidor de la Iglesia. Prosiguiendo su caminata, de repente se detuvo y me saludó: “¿No es usted la Madre Tommasini?”- “No tengo el gusto de conocerle”, le respondí fríamente. “¿Se ha olvidado usted del amigo que acompañaba al señor Comonfort cuando iba a Manhattanville a ver a Adela y a Clara, de las cuales estaba usted especialmente encargada?”-“En efecto, ¿cómo está usted, señor Cañedo?” Evitando cuidadosamente aclararle nada, no prolongamos la conversación y él nos dejó, deseándome un buen viaje. “El presidente González y los francmasones serán prevenidos antes de que lleguemos a México.” le dije a la Madre y ¡Ay!, así fue.

El viernes 20 de abril llegamos a Veracruz e inmediatamente nos reunimos para suplicarle al Divino Corazón de Jesús que aceptara e hiciera fructificar para su mayor gloria todo lo que íbamos a emprender. Al dejar Nueva Orleans, habíamos enviado por cable a Monseñor Labastida estas palabras: “Moran y Tommasini parten hacia México, por favor vaya a buscarlas a Veracruz.” Llegados al puerto, todos los pasajeros bajaron del barco, nosotras no sabíamos qué hacer. Felizmente vimos un barquito acercarse al nuestro, dos señoras se subieron a éste, nos miraron fijamente, se pasearon sobre cubierta como para asegurarse que nadie las espiaba y luego, acercándose a nosotras como a escondidas, susurraron: “Venimos de parte del arzobispo, no dejen que nadie sepa quiénes son ustedes.” Las seguimos con mucho gusto y en el camino nos dijeron que su Excelencia no había recibido nuestro mensaje hasta la víspera por la noche y que inmediatamente les había pedido a ellas que viniesen a buscarnos. Ahora les presento a la mensajera de Monseñor, la señorita Andrade. Esta amable anciana se entendía muy bien con el gobierno, pero esto perjudicaba su relación con las mejores familias del país: los conservadores. Ella tenía su propio plan que no divulgaba. No había tenido tiempo de hacer otros preparativos para recibirnos mas que pedir a una de sus amigas que nos acogiera para pasar la noche. Así llegamos a casa de esta señora y allí comenzaron las dificultades por la insistencia de nuestra amable anfitriona en que nos quitáramos los sombreros. Rehusamos hacerlo y con razón: “No teman al aire de la noche”, repetía. “todavía no estamos en la estación de las fiebres.” La Madre O’Reilly solucionó hábilmente la cuestión diciendo que las costumbres eran distintas en los Estados Unidos, donde las damas jamás se quitaban los sombreros. Unos minutos más tarde vi a la señora en íntimo coloquio con nuestra anfitriona y le dije a la Madre, sin hacer un juicio temerario, que sospechaba que aquella hija de Eva había sido la primera en violar el secreto que nos había pedido que guardásemos.

La cena muy mexicana: pescado, carne, frutas inmensas, no me desagradó, pero a mis compañeras les costó mucho tragar el ajo y el aceite. En estos países cálidos hay, en las comidas y en otras partes, muchos visitantes desconocidos en el Norte: enormes cucarachas no dejaban de venir a saludarnos familiarmente; nuestra estupefacción ante su atrevimiento hizo reír mucho a nuestras anfitrionas que nos aseguraron que ningún mal nos ocurriría si nos rozaban. Desde luego no había colchón, sobre un catre había un cuero cubierto de sábanas finas. Aquello nos hizo gracia, pero entre el cansancio del viaje y la

preocupación por el día siguiente, nos dormimos pronto, llenas de confianza en la Divina Providencia.

El sábado muy temprano, para no molestar a nuestra benefactora, salimos calladamente a desayunar a un restaurante o, mejor dicho, delante de un restaurante en una mesita, justo frente a una iglesia. ¡Ay! no podíamos entrar; tuvimos que contentarnos con ofrecer a Nuestro Señor nuestros corazones llenos de amor y de gratitud, y de suplicarle a nuestra divina Madre que bendijera la obra que comenzaba un sábado bajo su protección. Durante aquel frugal desayuno, nos interesó mucho observar, por primera vez, las pintorescas costumbres mexicanas.

Nuestra primera parada fue en Orizaba, al pie del volcán de ese nombre, felizmente extinto ya que era más alto y más peligroso que el famoso Popocatepetl. Nos habían dado la esperanza de encontrarnos con el Reverendo Padre Donadoni, ya que los padres jesuitas tienen ahí una bella parroquia; en efecto, pasó por allí mientras pedíamos el desayuno; encantada de encontrarme con un jesuita italiano corrí, pero de pronto sonó un silbido y tuvimos que dejar a los jesuitas y a las chuletas, llevándonos solamente nuestro apetito. Llegamos al punto más alto del camino a Esperanza, donde había un magnífico panorama de las montañas y los valles circundantes; desde allí vimos el pueblo de Maltrata que, a aquella altura, parecía una casa de muñecas. Allí, como en otros pueblos de México, los vendedores recorrían las calles; aquí la especialidad eran los helados. ¡Qué viaje tan magnífico hicimos! A través del país más bello que uno puede imaginarse, excepto, quizás los Alpes y aun así no lo sé. Era primavera, las montañas cubiertas de follaje nuevo y fresco, flores preciosas; sobre nosotras, bien alto, vimos la apertura del túnel hacia el cual subíamos y ¡que parecía tragarnos! A lo lejos una línea violácea, los montes del Ajusco cuyas cimas cubiertas de verdor se perdían entre las nubes; al fin el Popocatepetl y la famosa “Mujer Blanca” que penetraban el cielo. Árboles enormes con flores rojas y amarillas, repartidos por los enormes campos verdes de los lozanos valles. Avanzábamos, las horas pasaban volando y cuando una de esas espléndidas puestas de sol mexicanas sumergió estas maravillas de la naturaleza en un cielo de oro rosado, aquello fue de una belleza indescriptible.

Hay sentimientos tan profundos que no se pueden expresar; así eran los míos cuando nuestro tren pasó cerca de la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, ese lugar con el cual había soñado toda mi vida. Siendo una niña de nueve años, me había conmovido tanto la historia de la aparición de la Santísima Virgen al pobre indio Juan Diego, que me la había aprendido de memoria. Mi vida entera parecía pasar ante mis ojos como un panorama dominado por la dulce imagen de la Virgen bendita de Guadalupe. Panorama de la Providencia de Dios sobre mí, ligándome poco a poco a este querido país: mi amor instintivo de niña por él, más que por cualquier otro aparte de mi Italia; luego desde mi llegada a América, la decisión de nuestras Madres de hacerme aprender español aunque había sido enviada, decían, para enseñar italiano, decisión propiciada por la presencia de un capellán español en Manhattanville, cosa en sí extraordinaria y que no volvió a suceder; luego, como mis primeras alumnas en la catequesis eran mexicanas, aún me escribo, después de sesenta años, con Rafaela Núñez; cómo se sirvió Dios de la

revolución para enviar a Manhattanville al gran obispo de Puebla, cómo permitió Dios que yo pudiera serle útil, ya que era la única persona allí que hablaba español; ahora, en 1883, se realizaba su profecía de 1860.

.....

Al llegar a México, nos fuimos directamente a casa de la señorita Andrade, mientras ella iba al arzobispado para obtener el permiso de ir a la Misa de su Excelencia al día siguiente. Después de una espera que nos pareció larga dado el cansancio, la señorita Andrade nos hizo la invitación que deseábamos y nos llevó a nuestro departamento. Era un cuartito en el tercer piso, que en Luisiana se hubiese considerado demasiado pequeño para dos y nosotras éramos tres. Todo estaba preparado para dos personas. En Grand Coteau yo había asegurado firmemente a la reverenda Madre Moran que era absolutamente inútil llevar a México otra cosa que no fuera nuestra ropa personal, ya que Monseñor Labastida proveería a todas nuestras necesidades. Al entrar en el cuarto y ver las dos camas cubiertas de pieles, sin sábanas y tocándose una a la otra, vi que la diferencia entre mis promesas y la realidad era tal, que me cubrí la cara mientras que la reverenda Madre Moran y la Madre O'Reilly estallaban de risa. ¡Cuántas veces después me bromearon por este asunto!

A falta de otra acogida, la bienvenida nos fue íntimamente expresada por miles de insectos saltadores y ratones vivos. A las seis de la mañana, una voz gritó desde el patio: “¡Madre Moran, Madre Tommasini es hora de levantarse! La casa donde nos alojábamos estaba en una de las principales calles de México, Calle de Plateros N° 10, cerca de la Catedral y frente a la iglesia llamada “La Profesa,” porque era la casa profesa de los Jesuitas, antes de la supresión de la Compañía por Carlos III; ahora en 1913, pertenece a los Oratorianos, conocidos por el nombre de Padres de San Felipe. Cuando llegamos al palacio arzobispal, fuimos directamente a la capilla. ¡Con qué fervor asistimos a esta primera Misa de nuestra misión! Después de nuestra acción de gracias, subimos a la sala del Trono que es superior en belleza, a la sala del mismo nombre en el Vaticano y allí el querido Monseñor se encontró con nosotras. ¡Qué impresión me hizo el verlo tan cambiado! Hacía 24 años cuando hermosos cabellos negros cubrían su frente; ahora estaban blancos como la nieve. Dirigiéndose a mí me extendió los brazos, pero yo me retiré y le presenté a mi superiora, venida, dije yo, para hacer la fundación. Haciéndonos sentar, Monseñor comenzó a hablar enseguida de las cartas perdidas. “No me sorprende”, dijo tristemente. “mi correo es investigado constantemente; cuando tengo cartas importantes que enviar las hago pasar por diferentes personas de quienes no sospechan que tengan contacto conmigo. “Les confieso,” añade,” que después de la expulsión de las Hermanas de la Caridad ya no las esperaba a ustedes; luego, cuando mis palomas mensajeras, Dolores y Luz Lozano, partieron y me pidieron una carta de recomendación, un rayo de esperanza entró en mi corazón.” Cuando un sirviente anunció el desayuno, Monseñor nos llevó al comedor; nos dejó fascinadas con ese recibimiento verdaderamente regio, pero muy poco claras sobre futuros acontecimientos. Me apresuro a decir que: dos meses más tarde nuestras cartas habían llegado a su destino.

Monseñor no había esperado a esto para hacernos saber que estaría muy contento de volvernos a ver. Una vez más fuimos recibidas muy amablemente; nos presentó a su hermana y a la hija de ésta, Filomena, la adoración de su viejo tío. Para la gran satisfacción

de este buen pastor, la reverenda Madre Moran le mostró las cartas de recomendación que ella tenía para los miembros del gobierno y otras personas influyentes. Las leyó detenidamente, aprobando el envío de unas, desaprobando el de otras por razones que nos iba explicando como un buen padre. Luego Monseñor habló de dificultades religiosas, especialmente de aquellas de diversas congregaciones que todavía estaban en México. Nos confió que González y su partido, los masones, se habían enterado de nuestra llegada desde el primer momento, que teníamos enemigos dispuestos a aprovechar el menor pretexto para hacer que nos expulsaran. Pero si Monseñor nos hablaba tan paternalmente y nos aconsejaba sobre nuestras cartas, si al evocar el nombre de nuestra reverenda Madre Hardey y recordar sus miles de actos de caridad, mis ojos se llenaban de lágrimas, mantenía, por otro lado, una reserva absoluta en cuanto a nuestra fundación en su arquidiócesis. Esta prudencia que nos hizo sufrir tanto era necesaria; supe más tarde que si Monseñor Labastida hubiese mostrado la menor satisfacción por nuestra venida nos hubieran expulsado.

Después de esta visita, nos sentíamos tan confusas como el primer día, sin poder captar si nos deseaban o no; la única cosa bien clara era que teníamos enemigos, pero imposible saber quiénes eran. Olvidé decir que, en nuestra primera entrevista, Monseñor había puesto a nuestra disposición toda la ciudad de México, es decir, que podíamos salir, buscar, escoger según nuestra opinión y que una vez hecho esto, él trataría de ayudarnos. En varios momentos, pero sin aconsejar nada, Monseñor habló del antiguo convento de las Hermanas de la Caridad que le había pertenecido y que él acababa de vender al presidente González, lo que muestra lo poco que esperaba nuestra venida. Él pensó que la casa todavía estaba libre y que, en todo caso, podríamos contentarnos con sólo una parte de ella. ¡Qué ironía, establecer nuestro pensionado en la casa del mismo que nos quería expulsar! No sólo en México se da semejante contradicción; en 1848 ¿no habían nuestras religiosas recibido hospitalidad en la misma casa del ministro piemontés que las expulsaba de Turín?

Antes de nuestra partida de Nueva Orleans, le había asegurado firmemente a la Reverenda Madre Vicaria que Monseñor Labastida proveería ampliamente a todas nuestras necesidades materiales y también le había dicho con la misma seguridad, que estaríamos colmadas de ayuda espiritual puesto que nuestro gran amigo de La Habana, el Reverendo Padre Rivas, era superior de la residencia de los jesuitas en México. Desde nuestra llegada me apresuré a escribirle sobre nuestra esperanza de encontrar en él ayuda y consejo, persuadida de que él se apresuraría a venir a vernos. No hizo nada. Dos días enteros pasaron antes de que me llegara una nota tan lacónica, tan fría, que no pude evitar el dejar ver en mi rostro una profunda decepción. Miré el sobre, volví a leer la carta, revisé la firma, era bien clara la letra del Padre Rivas, pero... La Reverenda Madre Moran y la Madre O'Reilly sólo lograron enconar más la herida: estallaron de risa, repitiendo mis palabras: "Tendremos una sobreabundancia de ayudas espirituales, el Reverendo Padre Rivas está allí, él tiene una enorme influencia, se apresurará a ayudarnos." ¡Qué lejos estaba el Reverendo Padre de pensar que su laconismo pudiese causar tanta hilaridad! Aunque bajo esa aparente jovialidad, yo sentía que la Reverenda Madre sufría íntimamente. Ella tenía toda la responsabilidad de la decisión que se iba a tomar y me repetía las palabras del Padre Gresselin a la Madre Hardey: "Nada bueno se logra sin la

cruz.” Tomé la resolución de hacer todo lo posible para salvar esa querida fundación. Después de haber rezado largamente decidí, con permiso, ir a pedirle una explicación a este Reverendo Padre. Fui a su residencia. Nunca admiré más al Padre Rivas que en ese momento cuando me estaba haciendo sufrir tanto. Con una prudencia tan práctica como sabia, no dijo ni una sola palabra que hubiese podido desfavorecerle. La situación de los Jesuitas era de las más precarias; sólo eran tolerados, no podían vivir más de dos juntos; no podían ofrecer hospitalidad a uno de los suyos; cada uno de sus actos era vigilado, reportado. Por el bien común, el Reverendo Padre no se atrevía a exponerse a comentarios peligrosos, dejando ver que nos conocía. Durante tres meses, ya fuera en el confesonario o fuera de él, nos trataba como extrañas, sabiendo que era lo mejor para nosotras y para él. En ese momento, fue muy duro para mí, pero después no pude agradecer bastante a Dios haberme inspirado contar con el Padre Rivas a pesar de todo, y haber aceptado esa extraña línea de conducta, resultado de largas reflexiones, hechas desde el punto de vista sobrenatural.

Una de las primeras personas que nos visitaron fue Concha Lascuráin, de la cual tengo que hablar en detalle. Antigua alumna de Manhattanville ahora era madre de ocho niños, de los cuales el mayor no tenía diez años. En el pensionado fue una de esas queridas insoportables para las que se fundó el Sagrado Corazón; turbulenta, siempre con castigos, a menudo separada de sus compañeras; con todo y eso, era amable, llena de recursos, viva, inteligente. Sólo Dios sabe lo que hizo sufrir a sus maestras; todos los domingos había nuevas quejas sobre Concha, Nuestra Reverenda Madre, que leía dentro de las almas de una manera maravillosa, respondía: “Tengan mucha paciencia con ella, algún día llegará a ser una mujer fuera de lo común. No canonicen tan pronto a las alumnas nuevas”, añadía ella, “las antiguas, de las que ya conocemos sus defectos, son aquellas con las que se puede contar.” ¡Cómo sabía esta Veneranda Madre juzgar a las personas! Durante mis largos años de constante e íntima relación con ella, nunca la vi equivocarse en sus apreciaciones. Su juicio sobre Concha Lascuráin consoló mucho a los padres de nuestra atolondrada niña. Una vez, las notas del mes habían sido peores que las del trimestre anterior; mi Reverenda Madre, al leerlas, como lo hacía con todas las del aquel numeroso pensionado, se llenó de compasión por la pobre mamá que estaba tan lejos y pensando que un boletín tan lamentable iba a dolerle, añadió una nota a la carta oficial: “Querida señora, no se desanime, estoy segura de que su querida hija cambiará sorprendentemente y nos honrará”. Debe haber tenido el efecto deseado porque después de la muerte de su madre, Concha encontró esa carta entre sus papeles más preciados. Conmovida hasta las lágrimas, aquella que había dejado tan bien cumplida la profecía materna de la Reverenda Madre Hardey, testimonió su gratitud haciendo celebrar todos los meses una Misa en acción de gracias por su bienhechora y después de nuestra gran pena, en 1886, Concha mandó celebrar veinticinco Misas por el descanso de esta querida alma.

Vuelvo ahora a la primera visita de Concha. Ver a las religiosas del Sagrado Corazón en su querido México era la realización de un sueño alimentado durante mucho tiempo pero, cuando mi insoportable de antaño me volvió a ver, su alegría fue indescriptible. Se apresuró a ofrecer sus servicios a la Reverenda Madre Moran, luego nos dejó de prisa para avisarlo a la querida Rafaela. En vez de contarle de nuestra llegada, sólo le pidió que

viniera con ella a hacer una visita de cumplido. Rafaela no se lo creyó mucho al ver la cara de Concha, sospechaba que el sueño de toda su vida se iba a hacer realidad, pero cuando nos vio, ¿Cómo describir su alegría? Desde hacía años ella suspiraba por este momento, había rezado y hecho lo posible, ahora sus esfuerzos estaban siendo premiados y, sin embargo, como en toda alegría, siempre hay un lugar para la cruz: ella sentía no poder hacer mucho en el momento actual, al menos materialmente, pero cuán valiosos nos fueron sus consejos, su influencia y su cariño. Mientras Concha me hacía miles de preguntas, Rafaela no podía decir nada. Todo el Manhattanville de nuestro tiempo fue pasado en revista, las maestras a las que habían hecho “ver las estrellas”, según la expresión americana, las alumnas que “separadas” como Concha, habían pasado ratos tan buenos. Con el instinto filial de toda genuina mexicana, Rafaela, al dejarnos, se apresuró a ir a visitar a la Guadalupe para agradecer a Nuestra Señora y le hizo prometer a la Reverenda Madre Moran que le avisaría el día de nuestra peregrinación, porque ella misma quería llevarnos. Ya volveré a hablar de Nuestra Señora de Guadalupe, a la que Monseñor Labastida no sólo nos permitió ir, sino que nos lo ordenó.

Otra visita muy alentadora fue la del señor y la señora Haro, amigos del arzobispo. De una de las mejores familias de México, tenían la exquisita finura de su raza y se dijeron honrados de confiarnos a sus hijas tan pronto como nosotras lo deseáramos. Inmediatamente, para su gran alegría, les dimos los números uno y dos. Pocos días después, Monseñor nos contó un rasgo interesante sobre el padre de nuestro noble visitante. Gran hombre de estado y benefactor de la Iglesia en México, este caballero había dejado el mundo a los sesenta años para entrar con los Jesuitas como hermano coadjutor. Cuando monseñor, en exilio, tuvo que residir en Roma, se reencontró con su viejo amigo en la casa profesa y a menudo iba a caminar con él. Un día, el buen anciano le confió una “gran debilidad”: ¡jamás pasaba delante de una confitería sin desear comer bombones! Desde luego, al día siguiente el arzobispo le ofreció una caja para endulzar la caminata, pero para su gran edificación, se dio cuenta de que el santo hermano distribuía a escondidas los objetos de su “debilidad” a los niños harapientos. La visita de los excelentes señores Haro, nos hizo sentir que, sin parecerlo, monseñor velaba por nosotras. Sobre todo, Nuestro Señor venía en nuestra ayuda. ¡Oh, cuánta razón tenía santa Teresa al llamarlo el ¡Amigo bueno! Él nos enviaba protectores, sostenía nuestras fuerzas. El embajador, el señor Morgan, nos fue muy útil; nos aconsejó no apresurarnos a vestir el hábito religioso y ser sumamente prudentes en nuestra correspondencia. Como lo había previsto monseñor Labastida, Porfirio Díaz estaba a nuestro favor desde el comienzo.

Las persecuciones que tuvimos que sufrir eran como juego de niños ya que su causa parecía pueril, pero lo serio del asunto era lo que estaba en juego: la salvación de muchas almas. Como ya he dicho, el presidente González estaba decidido a expulsarnos si podía asegurarse de que éramos religiosas del Sagrado Corazón. Él no tenía pruebas, sólo la sospecha; aquellos que hubieran podido darle esta prueba eran nuestros amigos que guardaban silencio y simulaban estar indiferentes. Sin saberlo nosotras, el asunto tomaba más proporciones cada día, el decreto de expulsión se había firmado, creían haber encontrado el medio para descubrir quiénes éramos realmente, por el complot que enseguida explico. Ciertamente, es el episodio más extraordinario de mi vida. Mientras



íbamos de aquí para allá buscando una casa, el arzobispo nos habló de un local que pertenecía a una señora española y que nos convendría perfectamente. La propietaria estaba dispuesta a cedérselo, pero, vieja y muy original, quería que fuéramos a su hacienda para hablar sobre ello. En una palabra, teníamos que ganarnos su simpatía. Monseñor nos dijo por medio de su sobrino, el Padre Plancarte, que hiciéramos todo lo posible por darle gusto, hasta aceptar la cena que ella nos ofreció. No viendo otro modo de cerrar el asunto, sabiendo que la señora estaba achacosa y sola en el campo, aceptamos y allá nos fuimos, llevadas por una antigua alumna de Manhattanville, tan ignorante como nosotras de lo que se había tramado. He aquí que llegamos con nuestros sencillos vestidos prestados que llevábamos desde hacía ya muchos días y entramos en un salón lleno de invitados en nuestro honor! Algunos ignoraban quiénes éramos nosotras realmente. Al ver este mundo, estos preparativos de una gran cena, lo primero que le vino a la mente a la Madre Moran fue marcharse, pero felizmente cambió de idea ¡Y esto salvó la fundación!

Al descubrir rápidamente el complot hice mis planes en consecuencia y los comuniqué a mis compañeras por palabras a medias, miradas, gestos, hasta el punto de darle un pisotón a la Madre O'Reilly para atraer su atención. Entre los invitados se encontraban los peores enemigos de la Iglesia, que removían cielo y tierra para conseguir que nos expulsaran. Me acerqué a ellos sin ningún miedo, tan alegre y tan animada como cualquiera de las damas allí presentes. Llegaron a creer que no éramos todas religiosas y que quizás ni siquiera alguna lo era.<sup>i</sup> La ingenuidad de nuestra introductora nos permitió retirarnos temprano. Se le ocurrió invitarnos a acompañarla a un espectáculo. Acepté con entusiasmo, también la Madre O'Reilly, pero la Madre Moran puso de pretexto tener migraña. En el torbellino de la discusión y de la fiesta, desaparecimos; lo que podía volverse en contra de nosotras fue lo que nos estableció en México. Aquél que tiene todo en su mano, no había permitido que un solo cabello de nuestra cabeza fuese tocado. Al enterarse de que se había abusado así de él y de la orden que nos había dado, Monseñor se llenó de dolor y repetía: "¡Oh México, mi pobre, pobre México!" Los masones comprendieron enseguida que teníamos muchos amigos y que las familias influyentes nos deseaban en el país, por lo tanto, acabaron por aceptar nuestra presencia. Los tres meses que pasamos en casa de la señorita Andrade debieron producir una rica cosecha para la eternidad. No logro expresar bastante mi admiración por la sabiduría, la prudencia, la paciencia, la impersonalidad absolutas de la Reverenda Madre Moran. La alegría, la generosidad de la Madre O'Reilly, que sabía ingeniosamente quedarse con lo peor para ella, era un constante contraste con mi falta de mortificación. Jamás he visto una secretaria más entregada, más útil, que esta querida Madre; nuestra unión era nuestra fuerza.

Con un tesón que, en otro caso, hubiese sido digno de elogio, nuestra anfitriona pasó los tres meses que estuvimos en su casa tratando de hacernos aceptar sus planes. Pero habiéndolo pensado bien, la cosa nos pareció imposible y seguimos buscando una casa. ¿Por cuántas aventuras no habíamos pasado ya? Pero como revancha, ¡qué consuelo el ir al santuario tan amado de Nuestra Señora de Guadalupe! Una vez tuvimos la suerte de encontrarnos un grupo de indígenas que iban en peregrinación a la Guadalupe.<sup>ii</sup> De cuando en cuando se detenían, bailaban y luego continuaban su camino cuando el jefe dejaba escuchar un largo silbido y exclamaba: "Malia, Malia" (María). Al preguntar lo que aquello

significaba, me respondieron: “Están practicando los pasos que darán delante de Nuestra Señora y el jefe les dice que sigan su camino”.

En México no hay nada común y corriente, todo es pintoresco. Estas mujeres indígenas tienen sus cabellos arreglados en pequeñas trenzas; el enorme sombrero de paja hasta la mitad de la cara; la falda con rayas de dos colores; los bebés sobre sus espaldas, en canastas o sujetados yo no sé cómo; luego los arrieros, hombres de rostros bronceados, conduciendo largas filas de mulas cargando mucho peso y, todo esto, yendo y viniendo en medio de una exuberante vegetación tropical, absolutamente increíble; árboles espléndidos, flores de colores y olores maravillosos y frutas cargadas de sabor. ¡Cuántas veces nos había hablado Monseñor del famoso “ahuehuate”, de la familia de los cipreses, cerca del cual Hernán Cortés pasó su “Noche Triste”, después de su derrota por Guatemozin en 1520. Este árbol todavía existe, dicen que tiene dieciséis metros de circunferencia.

La Reverenda Madre Moran, habiendo resuelto con todos los riesgos y peligros implicados, abrir un pensionado según el espíritu de la Sociedad y totalmente independiente del pensionado de la señorita Andrade o regresar temporalmente a Luisiana, sometió esta disyuntiva a la Reverendísima Madre Lehon quien, aun dejando un cierto margen, prefería este último plan. Al enterarse de esta decisión, Monseñor Labastida, lo sintió tanto, que vino inmediatamente a prohibirnos que nos fuéramos. Cómo insistíamos en el deseo de Nuestra Madre, el arzobispo respondió a rajatabla: “Tomo toda la responsabilidad, deme un papel y tinta”- y ahí mismo escribió a Paris.

**AQUÍ SE TERMINA LA AUTOBIOGRAFÍA, DE AQUÍ EN ADELANTE YA ES “BIOGRAFÍA” DE LA M. TOMASSINI.**

#### Capitulo XIX

### ***México. La fundación, diversos testimonios. 1883 – 1886. Superiora en Guanajuato – 1887 – La Habana – 1893 – Fundación de Guadalajara – 1895 – La Habana – 1897 - 1899***

Fue en el momento de comenzar la narración sobre la fundación, cuando la pluma cayó de las manos de nuestra valiente Madre; las notas que acabamos de leer fueron entregadas el mismo día del ataque de apoplejía que nos la llevó en tres días. Se podría pensar que este largo capítulo sobre los orígenes y las primeras dificultades de la fundación en México es como el prólogo del drama que en el momento actual está en su crisis más aguda, cuando nuestras valientes Madres y Hermanas de México sufren persecuciones, confiscaciones, aislamiento, privaciones de toda clase, por no abandonar su puesto, el puesto de honor de la Sociedad ya que es el más expuesto. Si los santos del cielo pudieran arrepentirse de algo, seguramente que la celosa fundadora de esta misión se lamentaría de no estar en la brecha en el momento actual; ella, que se ofrecía para el martirio a cambio de la gracia de ir a desplegar en México el estandarte del Sagrado Corazón.

Al comenzar este relato, la Reverenda Madre expresaba humildemente su agradecimiento por haber sido admitida a participar en la fundación a título de intérprete. Sus dos compañeras de trabajo la han precedido en la eternidad, pero sabemos por sus contemporáneas y por muchos testigos y, sin saberlo ella, hasta por sus propias palabras, que ella fue en realidad el instrumento escogido por Dios para llevar a buen fin una obra llena de dificultades, una obra demasiado divina para no suscitar la rabia infernal.

Una de las causas de su éxito fue la gran influencia que supo ejercer allí, más aún que en otras partes, sobre las personas del mundo. Haciéndose “toda a todos para ganarlos a Jesucristo” se compenetró tanto con los sentimientos de las personas que la visitaban que su actitud permaneció legendaria en la ciudad de México; lloraba con los que lloraban, y un momento después, con el mismo corazón y la misma sinceridad, compartía la alegría desbordante de alguna otra amiga. En México, como en Nueva York, como en La Habana, supo adaptarse tan bien a las costumbres y a la manera de ser de aquellos a quienes Dios la había enviado que parecía verdaderamente “del país”. Un político de renombre decía: “Esta insigne mujer es una entendida en todas las materias: puede hablar de política con un hombre de Estado, de educación con un economista, de música con un músico” pero siempre el fuego del amor divino que ardía en su alma se le escapaba y lanzaba una chispa celestial en el corazón de su interlocutor. Entonces, sin miedo, con un tacto exquisito, ella avivaba la llama.

He aquí lo que dijo a propósito de la fundación el “Juan Bautista” de ese gran proyecto, la fiel Rafaela Núñez que ciertamente hablaba con conocimiento de causa: “Esta obra fue bien difícil en sus comienzos, sin embargo, muchas dificultades fueron vencidas por la fuerza de carácter de la Madre Tommasini y por la facilidad de relación que tenía; muy pronto ganó los corazones de todas las personas que se acercaban a las recién llegadas”. “La historia de la fundación como aparece en las Cartas Anuales me dispensa de hacer una larga reseña”, había dicho nuestra querida Madre poco antes de su muerte. Diremos, por lo tanto, que nuestras Madres se establecieron primero en el convento indicado por Monseñor Labastida. El primero de agosto de 1883, en esta casa, aún muy pobre, ellas recibieron a sus primeras alumnas, esmerándose, según el consejo del Arzobispo, en ganar los corazones sin importarles el ruido que hacía el diablo alrededor de ellas. “No piensen”, decía más tarde la superiora a sus hijas, “que la pobreza sea un sufrimiento en las fundaciones. No, es una alegría muy grande, un consuelo sensible; hay otras ocasiones de sufrimiento.” Entre estas últimas, ella consideraba como una “verdadera prueba”, la visita de personas hostiles a la obra y que no venían “sino para criticar y luego publicar en los periódicos cuentos absurdos sobre nosotras, haciéndonos pasar por señoras americanas que venían a enriquecerse a costa de los mexicanos”. Nuestros amigos corrían un riesgo demasiado grande para poder defendernos. Un día llegó un representante del gobierno cuyas dos hijas estaban en el pensionado. “” Usted sabe”, me susurró a media voz, “que yo estoy aquí a título oficial; mañana vendré como simple individuo a ver a mis hijas y conversar con usted.” ¡Qué infantil suena todo esto!

Poco a poco, gracias a la caridad de varios benefactores y, sobre todo de la Señorita Escobar, la vida normal se estableció. Al cabo de un mes teníamos cien alumnas. Muy

pronto esta fundación, profundamente anclada en el sufrimiento, fue enteramente confiada a la Reverenda Madre Tommasini que se entregó a ella sin escatimar. Fue sobre todo entonces que Monseñor, el Arzobispo, se mostró verdaderamente paternal con las fundadoras y particularmente con la Superiora a quien venía a ver cada semana. Él fue uno de los primeros en consolarla y ayudarla en el momento del incendio que marcó los comienzos de nuestra estadía y el primero en hacer constar que la Reverenda Madre Tommasini estaba a la altura de la prueba. Su presencia de espíritu, la rapidez de su actuación, salvaron vidas y la situación.

La casa que ocupábamos era inmensa, solo el primer piso nos pertenecía. En la planta baja había varias tiendas, entre otras, una farmacia y depósitos de trapos viejos. Fue ahí que en la noche del sábado al domingo de Ramos estalló el incendio. Un señor que venía del teatro vio las llamas que subían hacia nuestras ventanas y se apresuró a tocar a la puerta. Nadie respondió, volvió a tocar con toda su fuerza, seguíamos dormidas; por fin, agarrando el revólver que todo mexicano lleva consigo, disparó varias veces bajo la ventana de la Reverenda Madre Tommasini. Al ruido de las detonaciones, se despertó y se precipitó al balcón para darse cuenta de lo que sucedía. Era justo lo que aquel buen señor deseaba; no tuvo necesidad de hablar, las llamas que ya llegaban al borde de la ventana hablaban por sí mismas. El amor maternal da alas, y en un instante la Reverenda Madre llegó al dormitorio de las niñas, las despertó, llamó a sus hijas, hizo evacuar la casa y envió a todo el mundo a las hospitalarias casas de los vecinos. Cuando todas estuvieron fuera de peligro, la Reverenda Madre entró en medio del humo y de las llamas para recoger rápidamente en el dormitorio la ropa de las alumnas que habían tenido que salir escasamente vestidas. Las familias, que fueron avisadas inmediatamente, vinieron a buscar a las niñas y, cuando alrededor de las cinco de la mañana la comunidad se reunió alrededor de su Madre, fue para escucharla alabar a Dios. Luego, en su maternal solicitud, quiso que nos lleváramos algo. “¡Oh Madre!” exclamaron aquellas fervorosas religiosas, “¿No podríamos comulgar?” Feliz con esta exclamación general, la Reverenda Madre hizo eco de ella: “¡O sí! Sufrirlo todo para asegurar nuestra comunión”. Las vigas calcinadas aún echaban humo, cuando el Reverendo Padre comenzó la Santa Misa sin omitir un solo rito litúrgico del día y vimos con emoción a nuestra valiente Madre presidir la procesión de Ramos, cantando a todo pulmón como si nada extraordinario hubiese interrumpido su noche.

El cargo de superiora no le quitó a la Madre Tommasini ninguno de sus otros empleos. También nos la encontramos como Maestra general, maestra de inglés y francés, vigilando a veces los recreos, participando en los juegos de las niñas. Si, por ejemplo, al pasar por el lugar del recreo veía que faltaba vida y animación, entraba como un relámpago, se metía en el corro, cantaba, animaba el juego, luego desaparecía tan rápidamente como había aparecido. Durante un tiempo también asumió la quinta clase de español, yendo humildemente a pedir consejos a la Maestra de estudios y a someterle sus planes. La aritmética era su gran preocupación porque no daba al clavo con ella. Se obligaba, con la ayuda de una de sus hijas, a preparar diariamente un cierto número de problemas, los estudiaba concienzudamente en cada momento libre, luego iba a enseñarles a su clase con un entusiasmo enteramente sobrenatural.

En esta casa de Villamil, donde las condiciones higiénicas dejaban mucho que desear, cada una por turno le rendía tributo a la enfermedad; llegaba la tarde, la Reverenda Madre Tommasini decía en el recreo que tal o cual estaba enferma e inmediatamente se repartían sus empleos y la Superiora daba el ejemplo, como para todo lo demás. No pensando jamás en si misma ni deteniéndose en lo que las demás pensasen de ello, parecía ver, como lo más normal, adjudicarse lo más difícil. A las enfermeras les costaba mucho el conseguir que ella se dejase cuidar, aun en momentos de enfermedad. Como acababa de pasar una fiebre tifoidea, la Hermana le exigió que durmiese la siesta y, cerrando las ventanas se alejó, encantada de haber sido obedecida. Una hora más tarde, regresó suavemente, el mismo silencio y la misma oscuridad, pero el cuarto estaba vacío.

Unos años más tarde, veremos en Manhattanville el mismo desprecio de los cuidados del cuerpo, cuando la Madre Tommasini, a los 75 años y obligada a descansar por la tarde a causa de una fuerte gripe, se levantó al día siguiente a la hora de regla. ¿Qué decir de su caridad para con las enfermeras, sobre todo en México donde tan pocas Hermanas acumulaban tantos empleos? Una de ellas, acostada en el suelo del cuarto de una enferma, se despertó una noche por un ligero toque. Se levantó preocupada y vio a su Superiora cubriéndola con su propia manta. “No se asuste, querida Hermana, temía que usted pasara frío.” Una tarde, una Aspirante muy joven, cansada de todo un día de trabajo con las niñas, fue debajo de la famosa escalera que servía de sala de estudio, de sala de comunidad, etc., y se puso a saltar para distraerse. Estaba oscuro, se abre una puerta y oye la voz de la Madre Tommasini; “¿Quién está ahí?”, dijo ella. El tradicional “Soy yo” se dejó oír tímidamente.”. “Está bien, hija mía.”, dijo la Madre, pero no vaya a romperse la cabeza”. Esta bondad no era debilidad. Ella sabía reprender con fuerza cuando era necesario, pero siempre se la sentía que era madre.

Las conferencias, los retiros de mes, encendían el fuego sagrado en los corazones. Sus palabras comunicaban fuerza, unción y amor. El entusiasmo que ella ponía en sus numerosos empleos revelaba que su fervor era práctico. La comunidad de México, entusiasmada y guiada por semejante Madre, tenía una vida deliciosa. La caridad, la entrega, la más perfecta unión reinaban sin sombra en aquella pequeña familia con una verdadera alegría en medio de y, más aún, a causa de las pequeñas privaciones y otros inconvenientes de esta fundación, única en su especie. Los cuentos de la Reverenda Madre, ya fuera debajo de la escalera o en la sala de visitas, eran la alegría de los recreos y aumentaban el amor por la Sociedad y por nuestra Madre Fundadora que ella sabía hacer presente como si la estuviese viendo. Cuando ella hablaba de su felicidad de pertenecer a la Sociedad, expresaba con mucha humildad el deseo de morir en ella, sin importarle en qué pequeño, rincón con tal de que tuvieran la caridad de conservarla en ella.

Varias veces después de establecerse en Villamil, la Superiora tuvo que salir a buscar una casa. Conocíamos su gran actividad. Se la veía, entonces, dejar puntualmente la clase, llevar a las niñas a la sala de estudio, luego entrar en su cuarto, ponerse de prisa el vestido seglar; las niñas aún no habían terminado de colocarse y ya ella estaba en la calle. Volvemos a encontrar esta rapidez de movimientos y de ideas, en el tacto maravilloso con que enfrentó las dificultades creadas por la hostilidad de los masones. Un día se entera de

que viene una visita y que todo estaría perdido si encuentran a las niñas en la casa. Sin el menor indicio de miedo, hace que sus hijas se pongan el traje seglar, después de ponérselo ella misma, encierra a las alumnas, con una maestra, en su propio cuarto y va, serena y amable, ante las autoridades. Visitan la casa minuciosamente; ven a una señora en el piano, a otra pasándole las páginas, a una tercera que jamás había podido cantar en su vida, practicar un solo brillante. Más adelante, una clase de bordado absorbe de tal manera la atención de las “tres señoras”, que ni siquiera se dan cuenta que alguien entra en la sala y así todo lo demás: todo está previsto, combinado a la perfección. Al llegar al lugar donde su tesoro está escondido, la Superiora dice sencillamente al señor que ponía la mano en la perilla de la puerta: “Es mi apartamento privado”. Su religiosa dignidad impresionó al delegado del Gobierno que responde: “Lo respetaremos”, y sigue su camino. Algunas horas después las pequeñas se iban de vacaciones para regresar pronto, una vez pasada la tormenta. La cuasi hipocresía, impuesta en cada visita de personas que, en el fondo, sabían que éramos religiosas, le costaba a la naturaleza tan recta de la Reverenda Madre Tommasini, aunque ella lo toreaba con su originalidad acostumbrada. Un cierto General, que venía más a menudo de lo deseado, fue acogido una mañana, no por una señorita con vestimentas de la Edad Media, sino por la Superiora del Sagrado Corazón que llegó diciendo: “Vea, mi General, yo llevo mi uniforme como usted lleva el suyo.” Sorprendido, el oficial no pudo sino balbucear: “Nada es más conveniente”, y desde ese momento se acabaron los disfraces.

Quince meses después de su partida de México, la Reverenda Madre Moran regresó con el título de vice-vicaria, dejando en su lugar en Luisiana, a nuestra venerada Madre de Sartorius. La Madre Tommasini se quedó de superiora ese año, pero su humildad sufrió por ello; tuvo que haberlo comunicado a nuestras primeras Madres porque el catálogo de 1885-86 indica que la Reverenda Madre Moran era la Superiora y la Madre Tommasini era Asistenta, Administradora, Maestra General, Maestra del Coro, de la cuarta clase de español, el primer curso de instrucción religiosa, la Congregación de los Ángeles y de las Hijas de María de dentro y de fuera. En la fiesta de la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre de 1886, la Congregación de las Hijas de María fue solemnemente establecida en México. Preparadas por un fervoroso retiro, las primeras doce alumnas hicieron su consagración a María al terminar la hermosa procesión de los lirios. En lugar de lirios artificiales, cada niña llevaba uno de esos espléndidos “alcatraces”, una de las maravillas del país. ¿Quién no sabría del amor delicado de la Madre Tommasini por la Madre del Cielo? Algunos meses más tarde, ya superiora otra vez, puesto que la fundación de San Luis Potosí reclamaba a la Reverenda Madre Moran, ella preparó la primera procesión de Corpus Christi en nuestra propiedad, atrayendo así abundantes bendiciones del cielo sobre su nueva casa de Tlaxpana. También este año el Reverendo Padre Rivas, volviendo a ser su fiel amigo de La Habana, dio a las señoras del mundo un excelente retiro. Varias madres de familia habían rechazado la invitación a regañadientes, a causa de sus obligaciones caseras, pero con su inimitable elocuencia, la Superiora les aseguró que sus hijas, que entonces estaban en vacaciones, podrían fácilmente reemplazarlas durante esos días de recogimiento, gracias a lo que habían aprendido en el Sagrado Corazón. Era imposible resistir el celo de nuestra querida Madre, su caridad era comunicativa y estas señoras hacían abundantes limosnas a través de ella. ¡Cómo gozaba recibiendo ropa vieja,

sombreros, etc.! Unas de sus queridas antiguas, cada vez que tenía un hijo, confeccionaba con sus propias manos una doble canastilla, una para el hijo esperado y la otra para las protegidas de la Madre Tommasini, menos favorecidas económicamente. ¡Esta generosa señora tuvo así once veces la alegría de confeccionar doblemente esta ropa de bebé, ya que Dios le había concedido once hijos!

Una tarde en el recreo, la Reverenda Madre Tommasini contó de manera muy divertida, lo siguiente: “La bondad del excelente presidente Porfirio Díaz hacia nosotras llegaba hasta bromas que no eran del todo de nuestro agrado. ¡Un día hasta avisó que enviaría un premio a la alumna más charlatana! No podíamos pasar por alto este regalo de un bello collar de perlas y sin embargo, ¿cómo íbamos a recompensar lo que para nosotras era materia constante de reprimendas? El Espíritu Santo me inspiró: ‘El Presidente’, le dije a las niñas, ‘ha tenido la bondad de enviar un premio para aquella entre ustedes que mejor hable en clase, en el más puro castellano y sobre asuntos que tengan que ver exclusivamente con sus estudios’. Este premio no podía ser otorgado con los demás premios, pero como doña Carmen, esposa de D. Porfirio Díaz, venía a la distribución de premios, le pedí que lo entregara ella en nombre del Presidente enseguida después de la fiesta. Así fue, y cuando el Presidente le preguntó elegantemente a la privilegiada: ‘¿Que vas a hacer con ese collar?’ La niña exclamó espontáneamente: ‘¡Oh! Será para mi querida madre.’ Como era huérfana, me dio una gran alegría al comprobar que nuestra Señora de Guadalupe realmente ocupaba el lugar de su madre.”

---

i Para quien conozca el amor apasionado de la Reverenda Madre Tommasini por su vocación, el legítimo orgullo con el que se proclamaba Religiosa del Sagrado Corazón y su absoluto desprecio por “el qué dirán”, estas líneas parecen heroicas. Es Pablo haciéndose anatema por sus hermanos y “recibiendo con benevolencia al que es débil en la fe sin disputas de opiniones”.

ii “La Reverenda Madre Tommasini”, dijo una de sus hijas de México, “nos inspiraba esta mirada amplia sobre los usos y costumbres de cada país y sabía descubrir en ellos la belleza y el bien. Al comienzo de la fundación, ella fue varias veces a la Basílica de Guadalupe para acompañar a las recién llegadas. Nunca se cansaba de hacerlo. ¡Cuánto admiraba a aquellos indígenas sucios y andrajosos! Es que ella miraba más adentro, veía sus almas llenas de amor por su Reina; se extasiaba y sus lágrimas corrían al escuchar sus coloquios ingenuos, al verlos avanzar de rodillas a lo largo de todo el camino desde la ciudad de México hasta la basílica.”

## **Capítulo XIX**